

DE BERLIN AL MEDITERRANEO - EL MURO Y SUS METAMORFOSIS

Rainer Huhle



“Niemand hat die Absicht, eine Mauer zu bauen - Nadie tiene la intención de construir un muro.” Walter Ulbricht, junio 1961

“I will build a great wall, and nobody builds walls better than me, believe me”

Donald Trump, junio 2015

“Nadie tiene la intención de construir un muro” dijo Walter Ulbricht, el jefe del gobierno y partido de la República Democrática Alemana (RDA), el 15 de junio de 1961 en una conferencia de prensa. Sobre el motivo de esta evidente mentira – nadie le había preguntado sobre un muro - todavía hoy no hay claridad en la historiografía alemana. Lo cierto es

que Ulbricht sintió que construir un muro no sería bien visto y que no aumentaría su prestigio personal. Medio siglo más tarde, el presidente de Estados Unidos hace de la construcción de un muro el eje de su mensaje político y se vanagloria personalmente con esta hazaña.

Las dos declaraciones famosas demarcan así un profundo cambio de percepción del simbolismo de los muros. En esta ponencia trataré de trazar los cambios políticos y socio-económicos que hicieron posible que el muro pasara de algo odioso, que hay que ocultar, a algo que puede contar con apoyo popular, por lo menos en una buena parte del público.

El 13 de agosto 1961, apenas dos meses después de la declaración de su jefe, Erich Honecker, quien años más tarde le seguiría en sus funciones a Ulbricht, dio la orden de construir un muro a lo largo de la línea que separaba el sector soviético de los tres sectores occidentales de Berlín y de cerrar todas las vías que comunicaban con el sector oriental, incluyendo el famoso "Checkpoint Charly". Durante sus 28 años de existencia, el muro completaba la cerca que ya existía entre las dos Alemanias desde 1954 como una frontera protegida por medidas severas de seguridad.

Esta "cortina de hierro" cayó en noviembre de 1989 junto con su más famoso complemento, el muro de Berlín. Solo en Berlín, durante estos 28 años están documentadas las muertes de por lo menos 140 personas en sus intentos de pasar el muro. A estas víctimas hay que añadir el número desconocido de quienes cayeron heridos en su intento.

El muro, una vez terminado el proyecto completo de sus 168 kilómetros, combinaba todos los elementos de control espacial conocidos en la época. Además del muro mismo la frontera ostentaba varias líneas de alambre de púas y de electricidad, perros, sistemas de alerta sonora y lumínica, instalaciones de disparos automáticos, una vasta zona vacía con prohibición de paso (su creación implicaba el desalojo de cientos de viviendas ubicadas en algunas partes cercanas al muro) y un estricto control de toda persona que trataba de pasar la frontera legalmente.

Para su construcción se utilizaron 48.000 elementos de concreto armado, 473 toneladas de alambre de púas (irónicamente compradas en buena parte en la República Federal), entre otros muchos materiales. A esta muralla física se agregaba el control “virtual” a través del espionaje sistemático en la población para descubrir posibles planes de fuga. El símbolo más estridente de la rigidez con que el régimen quería hacer infranqueable su muro era la “orden de disparar” (“Schieszbefehl”) dada a los soldados encargados de la vigilancia de la frontera en caso que descubrieran un posible intento de superarla.

Desde la segunda guerra mundial toda Europa estaba dividida por una frontera desde el mar Báltico hasta el mar Negro. Pero ninguna parte de esta “cortina de hierro”, ni la otra cerca en Alemania, entre Checoslovaquia y Baviera, o aquellas entre Hungría y Austria o entre Bulgaria y Grecia alcanzaban una fama comparable a la del muro de Berlín. La

razón no puede ser el grado de violencia utilizada. Solamente en la frontera entre Checoslovaquia y Austria se reportan unos 800 muertos hasta el 1989.

La especial atención que suscitaba la frontera entre la República Federal Alemana (RFA) y la RDA, y especialmente el muro de Berlín, se debe a otros factores. Ninguna otra parte de la “cortina de hierro” era tan visible como el muro. Ya su construcción tuvo que realizarse a plena luz del día y con los focos de los medios internacionales puestos directamente en ella. El muro afectó, de un día al otro, la vida diaria de millones de habitantes de ambos lados de la metrópoli.

Y la construcción incidió de manera directa y fuerte en el equilibrio político de la Guerra Fría. La división de Alemania en una parte bajo influencia soviética y en otra parte cada vez más integrada al bloque occidental había sido un proceso largo y no previsto en el ordenamiento de Alemania acordado en la conferencia de Potsdam en 1945.

Mientras la conversión de las “zonas de ocupación” occidentales y de la oriental en entidades políticas separadas encontró el beneplácito abierto o silencioso de todos los poderes aliados, el estatus particular de Berlín quedaba como la manzana de la discordia que no dejó de producir crisis peligrosas, comenzando con el cierre de las rutas de acceso a Berlín desde las zonas occidentales que produjo el famoso “Puente aéreo” en 1948, con el cual Estados Unidos mostró su determinación de no aceptar ningún menoscabo de sus

derechos de acción en Alemania, incluyendo el acceso a todos los sectores de Berlín.

A pesar del creciente distanciamiento económico, político y cultural entre los dos sectores, Berlín había quedado como un puente de encuentro entre las dos Alemanias. Desde el punto de vista del régimen de la RDA, la ciudad de Berlín bajo administración de los cuatro poderes era un hueco en la “defensa antifascista” frente al imperialismo, representado por los poderes occidentales y ante todo la RFA. Por este hueco no solo entraban día por día las malas influencias del estilo de vida capitalista sino que también habían salido hasta 1961 un número estimado de 2,6 millones de ciudadanos de la RDA.

A pesar del enorme impacto mediático a nivel mundial del muro, las reacciones no se manifestaban de igual vehemencia en todas partes. Mientras en Berlín y Alemania occidentales la prensa se batía por lograr los titulares más chillones, los aliados de Alemania en la OTAN lo tomaron con bastante calma. El presidente Kennedy vio las ventajas, en términos geopolíticos, del cierre de la frontera porque se podía entender como señal de que la RDA y sus aliados soviéticos se contentarían con dominar la parte oriental de la ciudad. No insistirían más en pedir el retiro de los poderes occidentales de Berlín occidental, cementando así un *statu quo* que en la lógica de la guerra fría era lo que contaba más. En vano los titulares de la prensa oeste-alemana clamaban a gritos por

una reacción política contundente de las potencias que se proclamaban protectoras de la libertad.

Para los alemanes el muro significaba el cierre de las pocas relaciones con familias, amigos y otras relaciones con occidente, lo que evidentemente pesaba mucho más para los residentes de la RDA que para los que vivían en la RFA que en esos tiempos ya habían descubierto las delicias de poder viajar por casi todo el mundo, con la Costa Brava y la Costa del Sol entre los destinos privilegiados.

Al mismo tiempo, la construcción del muro fue entendida como la prueba madre del carácter dictatorial del régimen de la RDA: Un gobierno que necesita impedir a sus ciudadanos salir del país demuestra su fracaso político, confiesa que ante la falta de unas elecciones libres y limpias tiene que bloquear el “voto con los pies”. Y de hecho, lo que más suscitó indignación sobre este muro, era que por primera vez una barrera de este tamaño fue construída con las defensas puestas no hacia un enemigo exterior sino hacia adentro, hacia la propia población. Los paralelos con los muros de una cárcel no tardaron en aparecer. La metáfora del Estado-prisión se hizo realidad visible. En vano se esforzó el régimen de la RDA de imponer una contra-imagen, la de un “baluarte antifascista”, una “medida para guardar la paz”, tratando de direccionar por lo menos las puas idealógicas hacia afuera, contra una amenaza exterior.

El impacto extraordinario del muro de Berlín en las opiniones públicas se debe sin duda en buena parte a esta inversión del

imaginario acostumbrado de las murallas en la historia de la humanidad, trátase de la Gran muralla china, del Limes romano, de las murallas de Babilonia o de la de Jericó, cuyas defensas fueron destruidas por siete trompetas, según la tradición bíblica.

Las murallas representaban protección de lo propio, defensa contra los bárbaros. Todas las ciudades medievales europeas estaban rodeadas por gruesas murallas para defenderse contra ataques exteriores. Muchas veces estas murallas son lo único que ha quedado visible de la arquitectura medieval, tal como en mi ciudad, Nuremberg. Un muro, en cambio, que desplegó todas sus garras hacia adentro, mientras que afuera parecía como una pared frágil, que hasta se prestó para grafitis, era algo insólito. E insólito quedó. En los años que siguieron a la caída del muro de Berlín y de la “Cortina de hierro”, no se conocieron más de esos baluartes contra la propia población.

Si Ulbricht declaró dos meses antes de dar la orden que “nadie tiene la intención de construir un muro”, en 1989, meses antes del fin de ese mismo muro, el secretario general Honecker dijo algo no menos lejos de la realidad: “El muro quedará mientras no cambien las condiciones que llevaron a su construcción.” “Podrá existir todavía en 50 o 100 años,” añadió.

Resultaron escasos 10 meses cuando bajo la presión de la ciudadanía de la RDA y el retiro del apoyo del gobierno soviético, el régimen tuvo que abrir las fronteras. En cuestión

de días se destruyó el odiado muro, y éste se convirtió nuevamente en un símbolo mundial, esta vez de una revolución libertaria.

“You will not be able to stay home, brother [...] The revolution will not be televised”, había exclamado un furioso cantautor negro en 1970 en Estados Unidos, „The revolution will be live.” En la revolución de noviembre de 1989 muchos berlineses tampoco se quedaron en casa, pero cuando saltaron el muro con gestos exuberantes, el evento sí fue televisado, en vivo y miles de veces en replay. Las imágenes de estos días ya son parte de la memoria histórica del siglo pasado.

Tan inesperado como había aparecido, el siniestro muro desapareció ante la mirada incrédula de la mayoría de los alemanes, particularmente de la RFA. La caída del muro pareció un momento utópico, una señal de esperanza universal de que los cambios eran posibles, que la lucha por la libertad no conocía límites, ni muros de concreto ni en las cabezas.

Cayó el muro, se abrieron las fronteras, y entró la realidad política. Nadie en las dos Alemanias ni en el resto del mundo estaba preparado para esta situación. Millones de ciudadanos de la RDA pasaron la frontera hacia occidente, donde fueron recibidos por los sorprendidos habitantes de las ciudades de la RFA con sentimientos en que se mezclaban de mil maneras la alegría y la generosidad con la curiosidad, la condescendencia y hasta el rechazo. Muchos menos eran los

occidentales que aprovecharon para conocer la vida y los habitantes en la RDA, territorio hasta hace poco casi inaccesible para ellos.

Y esta RDA todavía existía. Duró casi un año con gobiernos transitorios, con negociaciones febriles en los niveles locales, nacionales e internacionales hasta que finalmente en agosto del 1990 se firmó el “Convenio de Unificación” que abrió el camino para la fusión de las dos Alemanias el 3 de octubre del mismo año, hoy el Día Nacional de Alemania.

Pero la realización de este Convenio intra-alemán necesitaba también el aval de los cuatro poderes que habían gobernado Alemania después de la Guerra y que ante la ausencia de un verdadero tratado de paz mantenían todavía ciertas prerrogativas. En este marco se firmó el 12 de septiembre de 1990 en Moscú el “Tratado sobre el acuerdo final con respecto a Alemania”, conocido como el Tratado “Dos más Cuatro”, firmado por ambas Alemanias más la Unión Soviética, Estados Unidos de América, Reino Unido y Francia. Si bien no lleva el título de “Tratado de Paz”, este tratado “Dos más Cuatro” fue el que finalmente cerró el período de posguerra en Europa, porque en él los cuatro poderes renunciaron formalmente a “sus derechos y responsabilidades relativos a Berlín y a la Alemania entera”. Alemania había conseguido su plena soberanía como Estado nacional.

Volveré a esta dimensión internacional en un momento, pero antes hay que tocar brevemente algunas características de

este proceso en Alemania misma. El Convenio de Unificación entre las dos Alemanias era en realidad más un Convenio de anexión de la RDA a la RFA. En 1949, cuando se constituyeron los dos Estados alemanes, ambos dejaron abierto el camino para una futura reunificación.

La constitución de la RFA cuyo septuagésimo aniversario se celebra este año, ni siquiera se llama así sino modestamente “Ley Fundamental” porque el título “Constitución” se quería preservar para una futura Alemania unificada. Es más, el último artículo de esta Ley Fundamental, el art. 146, decía que la misma perderá vigencia el día en que entre en vigor una Constitución que el pueblo alemán habrá adoptado por determinación libre.

Muchos pensábamos que la unificación de la RFA y la RDA sería el día para realizar esta libre determinación sobre una Constitución para Alemania, aprovechando para introducir algunas reformas, con la participación de los habitantes también de la RDA. Pero nuestros gobernantes se decidieron por un procedimiento menos dispendioso y menos participativo. Los cinco territorios orientales simplemente accedieron a la RFA, conforme el procedimiento previsto en el art. 23 de la Ley Fundamental, con lo cual se convirtieron en los “cinco nuevos Estados Federales” de la RFA. De tal manera accedieron directamente al sistema político, jurídico y también económico de la RFA, matizado por una serie de regulaciones específicas.

Con respecto a los esfuerzos de asimilar un sistema de instituciones en casi todos los aspectos radicalmente diferente de la RFA y sobre los vicios de este proceso, el debate y las polémicas siguen hasta hoy. No hay espacio para entrar en detalles aquí, pero es necesario resaltar algunos rasgos que son característicos no solo del proceso de unificación en Alemania sino para toda Europa que pasó por un proceso paralelo de aperturas políticas y económicas en los Estados ex-comunistas.

La unificación de las dos Alemanias bajo las siglas de la RFA coincidió con un período de transformaciones importantes en Europa occidental que aspiraba a otra unificación. Ya en 1985, al mismo tiempo que España se preparaba para entrar a la UE, se había firmado, casi inadvertido por el público, en el pueblito luxemburguense de Schengen el primer convenio sobre la libre circulación de personas y mercancías entre Francia y Alemania y los Estados del Benelux, con pocas consecuencias prácticas en los primeros años. Pero para junio de 1990 se había ya programado la segunda fase del Convenio de Schengen que preveía la implementación práctica de los acuerdos de 1985, es decir la real apertura de las fronteras en Europa occidental.

La coincidencia temporal de este proceso programado desde antes con la imprevista apertura de las fronteras en Alemania y Europa oriental produjo considerables complicaciones políticas que podían poner en entredicho ambos procesos. Pero también en el campo de la economía, “Schengen”

impulsó dinámicas atractivas entre regiones fronterizas que compartían más o menos un nivel de desarrollo parecido. El libre tránsito en una buena parte de Europa occidental significaba también un salto para una cultura europea (occidental por el momento), por la multiplicación de intercambios cada vez más fáciles.

La abolición de los controles fronterizos dentro del espacio de Schengen (que con la introducción de los acuerdos de Schengen en el tratado de Amsterdam en 1997 incluiría pronto casi todo el territorio de la UE) era condición y consecuencia de la integración económica dentro de la UE que dinamizaba las economías de casi todos los estados miembros.

A esta paulatina construcción de un espacio económico, político y también cultural común en Europa occidental se sobreponía, a un ritmo mucho más acelerado, la apertura de las fronteras con el Este. Cuando cayeron, en procesos bien diferenciados, pero más o menos en el mismo breve período, los gobiernos de todos los Estados del bloque comunista, en realidad toda Europa se vio confrontada con una situación a la cual nadie estaba preparado.

Mientras en la Unión Europea la creación de un espacio común era un proceso lento, paso a paso – pasaron diez años entre el primer acuerdo de Schengen y la puesta en práctica de las fronteras libres – los cambios en Europa oriental sucedieron de manera brusca, muchas veces improvisada e intransparente. Si bien se destruyeron los centros de poder

comunista en los países orientales y llegaron a gobernar algunos personajes con alto crédito democrático como Vaclav Havel en Chequia, sobrevivieron muchas estructuras del poder político-económico del pasado que pusieron en peligro el funcionamiento de las incipientes estructuras democráticas en la mayoría de estos países.

A este escenario llegaron los inversionistas del Oeste que se aprovechaban de la amplia oferta de empresas que necesitaban urgentemente capital y *know-how* para sobrevivir en unos mercados libres cuyas reglas tenían que aprender a la rápida. En esta bonanza, encendida por una ola de privatizaciones de empresas públicas, y con vía libre en unos mercados nuevos donde no aplicaron las reglas establecidas de “economía social de mercado”, desarrollados desde la Guerra mundial en las democracias del Occidente, se crearon enormes riquezas, a veces de origen oscuro, que subvierten el funcionamiento de estados de derecho democráticos hasta hoy día. Este turbo-capitalismo casi sin restricciones encontró un ambiente fértil en las políticas neoliberales que también en Occidente y en la misma Unión Europea en estos años promovieron la desregulación y el libre flujo del capital financiero.

Los intentos de integrar los países de Europa oriental a la Unión Europea comenzaron pronto, una vez disueltas las estructuras militares, políticas y económicas que los habían atado a la Unión Soviética. Ya en 2004 se selló la accesión de ocho estados ex-comunistas a la Unión: Estonia, Letonia,

Lituania, Polonia, Chequia y Eslovaquia, Eslovenia, Hungría. Rumania y Bulgaria siguieron tres años más tarde.

Esta ampliación masiva de la Unión se debió más a motivos geopolíticos que por satisfacer los criterios de buen gobierno y de performance económica. Por cierto, la inclusión de estos Estados dio un marco mínimo normativo para el desarrollo de sus economías y de instituciones de un estado de derecho, pero no ha podido resolver el problema a fondo como demuestran los permanentes conflictos de la Comisión y el Parlamento europeos con varios de los Estados admitidos a la Unión. El mantra neo-liberal de la desregulación de mercados nacionales convenía tanto a las nuevas élites en los países del Este como a muchos políticos influyentes en la burocracia europea.

En Alemania oriental las consecuencias de este paso de una economía super-regulada al capitalismo puro – si bien dotado de una fuerte dosis de subvencionismo estatal – se manifestaron de manera drástica. Mientras se transformaron unas pocas industrias de punta de la ex-RDA en empresas exitosas y florecieron algunos nuevos ejes de desarrollo, en gran parte de la región la economía decaía o hasta colapsaba, y millones de habitantes buscaban un futuro en la antigua RFA, una tendencia que ni los muchos billones de inversiones públicas podían frenar. El sueño avisado por el gobierno federal después de unificación, de unos “paisajes floridos” que brotarían en el Este gracias a los beneficios de la unificación nunca se ha cumplido.

El resultado es paradójico: Se eliminó la frontera física, de la “cortina de hierro” solo quedan algunas cicatrices en la vegetación y unos pequeños restos de construcciones preservados por iniciativas locales. Del muro berlinés no quedan más que unos pocos metros, pero aún a 40 años después del derrumbe de casi la totalidad física del muro permanece un muro mental en gran parte de la población alemana. Los prejuicios mutuos entre “Wessis” y “Ossis”, jerga popular un tanto despectiva para los habitantes del Oeste y Este, respectivamente, siguen floreciendo, nutriéndose de vez en cuando de nuevos motivos. Muchos habitantes, especialmente varones, en los “Estados nuevos” se sienten desaventajados en sus oportunidades económicas y discriminados culturalmente.

De este y otros sentimientos que fácilmente se convierten en resentimientos han nacido diversas tendencias. Una es una nostalgia de ciertos rasgos de la antigua RDA, jocosamente tildada de “ostalgie”. Era un mezcla de reclamos bien entendibles como por ejemplo por garantías de seguridad social, protección contra la criminalidad, y un sentido ya muy ambiguo de pertenencia a un colectivo, anhelos que dejaron de lado los precios, las otras caras de estas ventajas.

Pero sin duda, esta “ostalgie” es uno de los resultados de la eliminación de prácticamente todas las particularidades de la vida en la RDA en el momento de la unificación. El partido “Die Linke” (“La Izquierda”), partido nacido desde los restos del Partido Unificado Socialista (SED) que había ejercido el

poder político durante los 40 años de existencia de la RDA, recogía – hasta las recientes elecciones del primero de septiembre en Sajonia y Brandenburgo - exitosamente estos sentimientos convertidos en votos durante muchos años.

Pero al mismo tiempo se manifestaban también tendencias de extrema derecha, nutridas de los mismos sentimientos de degradación, pero traducidas en xenofobia y racismo, hasta en nostalgia del nazismo y cultos machistas de poder. Las primeras señales de alarma fueron los ataques incendiarios a viviendas de refugiados en Rostock ya en 1992, después vino la serie de asesinatos selectivos del grupo “Underground nacionalsozialista” con base en Sajonia y Thuringia, y finalmente el movimiento masivo de “Pegida” (“Patriotas europeos contra la islamización del Occidente”) que surge primero en 2014 en Dresde y después en otras ciudades y que reunió en sus momentos más fuertes, lunes por lunes, decenas de miles de personas que manifestaron con gritos y a veces violencia sus rabias y rencores.

Sus consignas se dirigieron contra la “casta política” en general, y en particular contra la “Prensa mentirosa”, calificando todos los medios establecidos como productores de lo que pronto sería conocido mundialmente como “fake news”. En *Pegida* se mezclaron intereses políticos de extrema derecha con rabias poco elaboradas, con constructos conspiracionistas y otras ideologías poco claras en un gran “Contra”, un rechazo anti-*establishment* que recordaba a veces, con un cambio radical de color ideológico, a los

movimientos de protesta de los años sesenta y setenta. Pegida fue también un caldo del cual se ha nutrido el partido AfD (“Alternativa para Alemania”) que logró instalarse en casi todos los parlamentos de los Estados federales (*Länder*) y en el *Bundestag*, el parlamento nacional.

Por supuesto las tendencias de extrema derecha no eran exclusivas del Este. Si bien es cierto que ya durante el régimen comunista se había formado una subcultura de neonazis, tolerada en parte por el régimen porque se los consideraba menos peligrosos que las subculturas de la izquierda democrática, grupos similares habían existido en la RFA desde sus comienzos. Y mientras gran parte de los alemanes todavía dudaba qué hacer con la sorpresiva unificación, las extremas derechas de ambas partes lograron unir y reforzarse mutuamente con gran rapidez.

Un elemento que forma parte del repertorio de extrema derecha son los sentimientos anti-europeos, pese al nombre chulesco de *Pegida* “patriotas europeos”. El sentimiento anti-europeo estaba también al inicio de la “Alternativa para Alemania” que se fundó originalmente como un partido contra el Euro, haciendo campaña para la salida de Alemania de la zona común del Euro y en general contra las políticas europeas de mayor integración económica y a favor de una política económica nacional alemana. Este programa correspondía a la nostalgia de muchas personas, especialmente en el Este, donde la Deutsche Mark [el Marco

Alemán] se había convertido en los tiempos de la RDA en el mito de la prosperidad.

Pero pronto el partido de la AfD atrajo nacionalistas ya no liberales sino de tendencias derechistas cada vez más extremas en todas partes de la República. Aún así se mantiene una tendencia, en la AfD como en muchos otros grupos y partidos de extrema derecha en Europa, de no cuestionar las políticas a favor del capitalismo neoliberal y hasta cooperar con grupos poderosos capitalistas de dudosas prácticas financieras, difícilmente compatibles con la pretendida representación de los intereses de las poblaciones discriminadas económicamente.

Si en Alemania el nacionalismo extremo ante el pasado nacional-socialista todavía no es compatible con la cultura política de las mayorías de la población, distinto es el caso en muchos países de Europa oriental donde la extrema derecha ha podido captar considerables partes del electorado. Estos partidos pueden apelar a los sentimientos antisoviéticos y transformar lo que había comenzado en el 1990 como una lucha por la libertad, los derechos humanos y la democracia en luchas nacionalistas.

Estas tendencias nacionalistas que, vale repetirlo, no son propiedad única de los países del Este pero sí tienen fuertes raíces allí, tienen muchas facetas y se mezclan con diversas ideologías. En algunos prevalecen los antiguos sentimientos de un nacionalismo romántico en la tradición del siglo XIX, en otros el elemento religioso, y en muchos la xenofobia, el

antisemitismo y el anti-islamismo. La xenofobia y el anti-islamismo han sido los elementos donde los nuevos partidos nacionalistas han cosechado sus éxitos políticos más notables, imponiendo sus posiciones en la agenda incluso de los partidos tradicionales.

El gran auge en el número de personas buscando rescate en Europa de persecución, guerra y otras catástrofes explica sin duda el avance de las actitudes xenofóbicas. Sin embargo, una mirada más cercana revela que no hay una relación directa entre las actitudes xenofóbicas y racistas, y la experiencia real de la convivencia con los refugiados u otros migrantes. Al contrario, en Alemania oriental y en los países de Europa del Este, hay relativamente pocos migrantes de África o el Medio Oriente, la xenofobia es más virtual, producto de intensas campañas propagandísticas de la extrema derecha.

Pero la xenofobia de todos modos es el producto más exitoso de las nuevas ultra-derechas y el que se ha materializado de la manera más visible. El muro de Berlín fue el punto de partida de estas reflexiones. Como hemos visto, su derrumbe abrió las puertas no solamente para la ampliación del proyecto europeo sino también para la reconfiguración de los sentimientos nacionalistas en gran parte de esta Europa.

Una consecuencia de estos desarrollos contradictorios es la resurrección del muro. En 1990, después del derrumbe del muro de Berlín y el desmonte de la cortina de hierro, quedaban dos muros políticos en Europa, ubicados en sus dos

extremos: uno en Irlanda del Norte (Belfast, y uno menor en Derry) y el otro en Chipre. Ambos eran de poca extensión y tenían como objetivo separar poblaciones en conflicto. A estos dos se añadieron en los años noventa las cercas de alambre en Ceuta y Melilla, las primeras edificaciones europeas contra la inmigración no legalizada. Así era la situación en la entrada del nuevo milenio, hasta que comenzó su segunda década.

En 2012 Grecia construyó una cerca en su frente con Turquía. Fue el banderazo para una ola desenfrenada de nuevos muros y cercas en todas partes de Europa. En los cinco años siguientes cercas de alambre de púas fueron construidas en por lo menos 11 países europeos. A Grecia seguiría Bulgaria con una cerca, también en su frontera con Turquía. En 2015, después de la llegada de muchos miles de refugiados de Siria y otras regiones conflictivas a través de la llamada “ruta de los Balcanes”, Hungría cerró su frontera con Serbia, después también con Croacia, detonando una reacción en cadena: Eslovenia alambró su frontera sur con Croacia, con lo cual Austria hizo lo mismo en la frontera norte de Eslovenia. Lo mismo hizo Macedonia (hoy llamada Macedonia del Norte) con Grecia, mientras Francia y Gran Bretaña fortificaron el acceso al túnel de Calais para impedir el tránsito de refugiados hacia el Reino Unido.

Pero no todas las fronteras se construyeron contra refugiados desde el sur. En 2016 los tres países del Báltico, Latvia, Estonia y Lituania fortificaron con cercas sus fronteras con

Rusia, seguido también de Noruega. Finalmente, en 2018, Dinamarca erigió una cerca de alambre a lo largo de su frontera con Alemania, explicando que se trataría de una defensa contra la peste porcina. En pocos años, Europa construyó más de 1000 kilómetros de nuevas cercas, principalmente de alambre, con y sin púas. Se ven más transparentes, pero sus funciones son las mismas que los gruesos muros de antes.

Con una importante diferencia respecto al muro de Berlín: Los nuevos muros se inscriben en el patrón clásico de los muros de defensa: Sus armaduras se dirigen hacia el exterior porque el “enemigo” ahora viene principalmente del sur, se construyen contra las olas, los flujos, las inundaciones y otros fenómenos acuáticos con que se describen la huida y la migración de seres humanos. ¡Alambre de púas contra las olas - qué tropo malogrado cuando el agua misma es el muro más efectivo para impedir ese “flujo”! Porque en el fondo todo ese frenesí de construir cercas y muros no es más que un reflejo atávico de defensa contra fuerzas que – ironía de la metáfora – a lo largo son en realidad tan incontrolables como el agua. Mientras los gobernantes nacionalistas trataron de barrear con muros y cercas los caminos de los migrantes logrando a lo mejor desviarlos, los tecnócratas en los centros de poder europeo comenzaron a trabajar en una solución a lo grande: la famosa frontera exterior de la UE, el muro líquido.

“Una nación sin fronteras no es una nación. A partir de hoy día Estados Unidos de América recupera el control de sus fronteras, recupera sus fronteras.” Lo dijo Donald Trump al firmar su orden de construir el muro en la frontera mexicana. Pero Europa no es un estado-nación, y comportarse como tal en las fronteras no cambia esta realidad.

Tampoco lo hace la tesis adoptada oficialmente por el Parlamento Europeo que: “El objetivo de la Unión Europea en lo que concierne la protección de sus fronteras externas es garantizar la libertad de movimiento adentro del área de Schengen.”, argumento que se ha convertido en el mantra de los defensores de una Europa armada hacia fuera.

Para esta protección de las fronteras de un Estado europeo inexistente se ha venido construyendo en la última década un régimen fronterizo de una complejidad jamás vista: Se busca controlar el mar, irrespetando leyes y costumbres de arraigo antiguo como la libertad en mar alto y la obligación de acudir al socorro de naves en peligro de zozobrar; impidiendo la ayuda humanitaria a las personas y organizaciones que insisten en sus deberes humanitarios; aplicando o permitiendo el *refoulement* de personas que buscan protección; pactando con Estados que manifiestamente no respetan normas mínimas de derechos humanos, o incluso con órganos que adoptan prácticas criminales; y tolerando la concentración de miles de refugiados y migrantes en campos de concentración en Estados que no garantizan derechos mínimos para ellos. Si bien es cierto que la Unión Europea no

ha abandonado en sus políticas proclamadas de seguridad fronteriza la protección de los derechos humanos, en la práctica esta política cuesta cada año miles de muertos, muchos más que el muro de Trump y muchos más que lo que el muro de Berlín cobró en toda su existencia.

La filosofía tras esta política fronteriza es definir la Unión Europea como un estado-nación soberano para efectos de su régimen fronterizo mientras su gobierno interior sigue siendo el de una frágil cooperación de Estados que no piensan renunciar al control de sus propias fronteras como símbolo primario de su soberanía. La tan invocada protección de las fronteras externas es el intento de demostrar que Europa es capaz de “defenderse”, por lo menos contra migrantes no deseados, y así mantener las reglas internas de la Unión, especialmente las del espacio Schengen.

Hasta ahora, sin embargo, parece que ni lo uno ni lo otro funciona. No solo Italia ha demostrado que las instituciones europeas de control en el Mediterráneo como Frontex o la operación EUNAVOR “Sophia” se pueden desvirtuar de un momento al otro. En marzo de este año la Operación “Sophia”, que ante la obstrucción sistemática de las iniciativas privadas de rescate había sido el único esfuerzo europeo de rescatar a los migrantes náufragos, fue desactivada. El muro líquido se va perfeccionando.

A pesar de todo ello, hasta ahora por lo menos, la promesa de las fronteras cerradas no ha tenido el efecto de calmar las ansiedades nacionalistas en la UE. Ya vimos el retorno de los

muros en el seno de la UE y de la reinstauración ya no tan temporal de los controles fronterizos entre los Estados miembros de la Unión. Y en el interior de muchos Estados se cercan con muros y alambres los centros de reclusión o residencia obligatoria de migrantes y refugiados. No solo vuelven los muros para impedir la entrada, también se multiplican los muros de contención que restringen la movilidad de determinadas poblaciones hacia afuera.

En realidad no hay muro unidireccional, todos los muros y cercas dividen y obstaculizan la comunicación en ambas direcciones. La primera empresa que fabricaba alambre de púas, la “Glidden Steel Barb Wires” en el estado de Georgia en Estados Unidos, avisó su revolucionaria innovación así: “Vigila con ojos de Argus el interior y el exterior ... asegura que “los adentro” no sean “los afuera” y que “los afuera” no sean “los adentro.”¹

El resurgimiento impresionante de muros y cercas de toda índole nos remite atrás hacia el tiempo que es motivo de esta conferencia, a la ambigüedad del sentido histórico de la caída de la cortina de hierro, oscilando entre vivirlo como liberación política con la conquista de los derechos civiles y políticos, o como liberación nacional.

La apertura del muro de Berlín y de la cortina de hierro, entendidos como símbolos del fin de la guerra fría, creó la

¹ “It watches with argus eyes the inside and outside, up, down and lengthwise; it prevents the ‘ins’ from being ‘outs’; and the ‘outs’ from being ‘ins’...”, citado en Bennett, Lyn Ellen / Abbott, Scott H.: *The perfect fence: untangling the meanings of barbed wire*, College Station (Texas A&M University Press) 2017, p. 102

esperanza de la unificación, de la unidad paneuropea, de un mundo sin muros. La Europa desde el Báltico hasta Gibraltar y desde Bulgaria hasta Irlanda abrió un mercado capitalista con cada vez menos frenos de “economía social de mercado”. Permitted la libre circulación de los pensamientos y las culturas reprimidas durante tantas décadas en Europa oriental. Pero también permitió la libre circulación de los odios, de los racismos y nacionalismos que parecían ya superados por la idea paneuropea.

Uno de los fenómenos más paradójicos en este contexto es que aún los racistas, nacionalistas y antieuropeos buscan acomodarse en la red de oportunidades que Europa ofrece. Sacan provecho de la tribuna y de los recursos del Parlamento Europeo y forjan una alianza paneuropea de nacionalistas. Las evidentes contradicciones internas de un tal proyecto han impedido hasta ahora su éxito, y el Brexit, cocinado en la caldera de la extrema derecha británica, demuestra la fragilidad y las contradicciones intrínsecas de esa extraña Internacional nacionalista.

Pero hay un proyecto que parecería apto para que confluyan los nacionalismos, y es precisamente la ideología de la defensa de la frontera exterior europea. En la retórica de las derechas se escucha apoyo a los elementos más robustos de las políticas de protección de la frontera europea. Pero por otro lado choca con la ideología nacionalista, de manera que la referencia más frecuente al proyecto europeo consiste en la crítica de su insuficiencia e ineficacia. En todo caso, la

ideología de la “frontera externa europea” no ha impedido que en los países donde la derecha gobierna o ejerce influencia, las fronteras nacionales se hayan fortificado. Si los políticos y tecnócratos pro-europeos han creído que endurecer el régimen fronterizo desactivaría el fervor nacionalista y xenofóbico, el cálculo no ha resultado. Y si los políticos de la derecha nacionalista creen que los muros garantizarán la soberanía de sus pequeños feudos, estarán tremendamente equivocados. Como anota la filósofa y politóloga de la Universidad de Berkeley, Wendy Brown, la multiplicación de los muros no significa un fortalecimiento de las soberanías nacionales sino que son una droga que disimula momentáneamente para sus constructores el desvanecimiento real de la soberanía.

Los gobiernos nacionalistas xenófobos que concentran sus esfuerzos y su demagogía en la exclusión de inmigrantes aceptan, sin la menor resistencia, el libre flujo de capitales extranjeros que acaparan buena parte de sus economías. Aceptan también que van perdiendo gran parte de sus poblaciones jóvenes, muchas veces las más creativas y emprendedores que buscan oportunidades en países más liberales.

El gobierno húngaro tuvo que imponer una prolongación de los horarios de trabajo por la escasez de mano de obra, problema que en los países occidentales se resuelve mediante la inmigración. La demonización de la migración va contra la lógica capitalista que los mismos gobiernos cultivan.

No ofrecerá ninguna solución sostenible. Pero crea muchos problemas: economías paralelas e informales, redes criminales, y ante todo un clima político envenenado que oculta los verdaderos problemas del siglo XXI.

El alambre de púas fue un gran invento en el Salvaje Oeste para encerrar el ganado. Cuando fue aplicado para cerrarles el paso a los humanos, éstos, a diferencia de las vacas, siempre han encontrado como superarlo. Los movimientos migratorios del siglo XXI tienen raíces más profundas que los postes de una cerca. Los muros y las cercas, concebidos como lugares de separación, siempre han sido, por la misma razón, puntos de encuentro, marcadores de anhelos frustrados, hasta que un día fueron tumbados o cayeron en el olvido. La migración es hoy un fenómeno masivo como consecuencia de la construcción de un mundo globalizado en términos injustos. Europa ha tenido su parte de responsabilidad y de beneficios de la globalización. Tenemos que asumir nuestra parte en la solución de las consecuencias.

Y muchos lo estamos haciendo. En los momentos en que el mayor número de refugiados llegó a Europa, fueron la gente del común, más que las autoridades, que supieron manejar unas situaciones a las cuales estaban tan poco preparados como aquéllas. Donde más refugiados llegaron, menos xenofobia se notaba. Muchas veces las autoridades locales, los alcaldes y regidores, las directoras de colegio, los médicos y otros se pusieron a trabajar, establecieron una cultura de encuentro que ninguna política les había prescrito. En vez de

invertir billones de euros en fortificar mar y desiertos, ¿qué tal si Europa invirtiera sus recursos en el desarrollo de estas capacidades existentes en las poblaciones? Hay elementos en el abanico de las políticas europeas que van en esa dirección, como las políticas “multi-niveles” que tienden a fortalecer las comunas que han probado su capacidad de resolver los problemas de la migración, o incluso de convertir los problemas en recursos de desarrollo humano. Barcelona y también mi ciudad, Núremberg, formamos parte de una red de ciudades que defienden los derechos humanos, derechos que pertenecen a todos los ciudadanos, entendidos como las personas que viven en la ciudad, en la comuna, independiente de su estatus legal. El concepto del empadronamiento igualitario en las comunas en España y esfuerzos similares en otros lugares abren perspectivas para un futuro sostenible como lo describen las metas de la agenda 2030 de las Naciones Unidas. Las políticas represivas contra la migración nos echan atrás hacia un mundo de muros insostenibles.